

Dos ancianos, una revelación
Moisés y Job, centenarios repletos de bendición

Sal Terrae 94 (2006) 189-198

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ
Director de *Sal Terrae*.

Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid)
esanz@teo.upcomillas.es

*Vejez venerable no son los muchos días,
ni se mide por el número de años;
canas del hombre son la prudencia
y edad avanzada, una vida sin tacha*
(Sab 4,8-9)

No es habitual encontrar en la Biblia ni en otros escritos de la Antigüedad las afirmaciones del libro de la Sabiduría de Salomón que encabezan estas páginas. Ellas subrayan que “la medida justa de una vida no son los años, sino la virtud... La prudencia y la vida sin tacha son patrimonio del justo, aunque sea joven”¹.

No es habitual, porque, con alguna excepción (Job 7; 8; 9; 10; Qo 12,1), lo que suele estar presente en ellos, especialmente en el Antiguo Testamento, son referencias positivas al valor de la ancianidad: se la equipara al buen juicio, a la cordura, al saber aconsejar.

Si la época final de la vida tiene su cabida en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, también lo poseen los protagonistas de la misma, los ancianos, que son “signo y cuasi-sacramento de los genuinos valores del Evangelio, la fe en el Dios de las promesas... la esperanza de un mundo siempre prometido... la caridad que hace presente la paternidad de Dios”². Dos de ellos, Moisés y Job, van a ocupar un lugar prioritario en esta primera contribución del número que *Sal Terrae* dedica, al inicio de la primavera de 2006, a las personas ancianas, ésas que, curiosamente, *incluso en su ocaso llevan fruto, pues conservan su verdor y lozanía* (Sal 92,15). Ambos comparten diversos elementos en común. El principal es, sin duda, haber vivido una vida longeva y llena de bendiciones. El central, el que aquí se va a desarrollar, haber sido transformados en vida por una revelación divina, por una intervención directa y no mediada de Dios. Una revelación que, en el caso de Moisés, tiene como principal consecuencia la confirmación de los planes de Dios y su configuración con ellos; y en el de Job, la profunda dimensión y el enorme alcance que posee su afirmación *te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos* (Job 42,5).

Moisés tenía 120 años cuando murió (Dt 34,7)

Hizo salir de Israel un hombre de bien que alcanzó el favor de todos, amado de Dios y de los hombres... Dios lo escogió de entre todos los vivientes... cara a cara le dio los mandamientos, la ley de vida y de ciencia (Eclo 45,1-5).

¹ L. ALONSO SCHÖKEL, *Eclesiastés y Sabiduría* (Los libros sagrados 17), Madrid 1974, 104; J. VÍLCHEZ, *Sabiduría* (Nueva Biblia Española), Estella (Navarra) 1990, 200.

² Véanse éstas y otras interesantes indicaciones en J.R. FLECHA, «*En la vejez seguirá dando fruto*» (Sal 92,15). *Ancianos y ancianidad en la Biblia: Sal Ter* 81 (1993) 761-775.

La cita con que comienza este apartado está tomada de la parte del libro de Ben Sira (Eclesiástico) comúnmente conocida como “Elogio de los antepasados” (Eclo 44,1-50,24), parte que posee un valor especial en la literatura sapiencial bíblica, porque *es la primera vez que un maestro de sabiduría se interesa por la historia de su pueblo*³. En ella hay un personaje especialmente exaltado (Moisés), del que se dicen cosas tan bellas como las que se acaban de señalar, tan bellas como las que resaltan también numerosos pasajes del Antiguo Testamento, sobre todo del Pentateuco.

De él se dice, en primer lugar, que es el interlocutor de Dios, el tú de Yahveh, el enviado de Dios por antonomasia: *Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas... Así dirás a los israelitas: El Señor, el Dios de vuestros antepasados, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me envía a vosotros* (Ex 3,11-15). Un enviado dotado de una autoridad, con la que legitima las leyes y mensajes que Dios transmite a su pueblo⁴.

Aspecto éste último de la autoridad que tiene su valor en el relato del Éxodo. Aspecto que tiene igualmente su valor tanto en el conjunto del Pentateuco (en especial, en relación con la ley) como en la época en que éste adquiere su forma final (postexilio)⁵.

De Moisés se afirma igualmente que es el profeta de Dios, el que transmite su Palabra; una Palabra que cambia el signo de la historia⁶. Ex 19-24, unidad textual en la que Dios expresa su vinculación personal y definitiva con su pueblo, Israel, resalta de modo particular esta característica mosaica: *Moisés subió al encuentro de Dios y el Señor lo llamó desde el monte y le dijo: así dirás a los hijos de Israel... Cuando Moisés regresó del monte llamó a los ancianos del pueblo y les expresó todo lo que el Señor le había ordenado* (Ex 19,3.7). No es, sin embargo, Moisés cualquier profeta, sino que es el *profeta entre los profetas*. Recordando el final del libro del Deuteronomio, él es aquél *con quien Yahveh trataba cara a cara... Él es muy poderoso, pues nadie ha realizado las tremendas hazañas que él realizó a la vista de todo Israel* (Dt 34,10-12). Una importante afirmación que subraya la superioridad de Moisés, de la revelación que él recibió y de los prodigios que Dios realizó a través de él⁷.

Moisés es caracterizado también como el pastor en el desierto, el hombre de Dios, el siervo del Señor⁸. Asimismo, como el mediador pedido por Israel para responder a la manifestación inmediata y directa de Dios en el Horeb, y como el intercesor ante éste en momentos y situaciones especialmente críticas para él. Estos aspectos aparecen explicitados en textos del Pentateuco tan importantes como Ex 32-34 (relato de la construcción del becerro de oro), Nm 13-14 (episodio del envío de los exploradores) y Dt 5 (capítulo que contiene la promulgación del Decálogo). En la primera unidad mencionada, capital es el papel que desempeña Moisés para que, tras el pecado cometido por Israel, éste no sucumba, sino que sea restaurado; igualmente, para que la alianza que el pueblo ha recibido de Dios pueda renovarse⁹. En el relato del libro de los

³ M. GILBERT, *Les cinq livres des Sages*. Proverbes – Job – Qohélet – Ben Sira – Sagesse (LiBi 129), Paris 2003, 218.

⁴ G. FISCHER, *Das Mosebild der Hebräischen Bibel*, en E. OTTO (ed.), *Mose. Ägypten und das Alte Testament* (SBS 189), Stuttgart 2000, 84-120, esp.90-92.

⁵ Puede encontrarse un amplio desarrollo de este punto en J.L. SKA, “*La scrittura era parola di Dio, scolpita sulle tavole*” (Es 32,16). *Autorità, rivelazione e ispirazione nelle leggi del Pentateuco*: RStB 12 (2000) 7-23.

⁶ B. RENAUD, *La figure prophétique de Moïse en Exode 3,1-4,17*: RB 93 (1986) 510-534, esp.522-533.

⁷ J.L. SKA, *Il libro sigillato e il libro aperto*, Bologna 2005, 103-104.

⁸ Puede verse un desarrollo de estos temas en G.W. COATS, *Moses. Heroic Man, Man of God* (JSOT.S 57), Sheffield 1988, 157-185.

⁹ C. DOHMEN, *Exodus 19-40* (HThKAT), Freiburg im Breisgau 2004, 322; R.W.L. MOBERLY, *At the Mountain of God. Story and Theology in Exodus 32-34*, JSOT.S 22, Sheffield 1983, 75. F. POLAK, *Theophany and Mediator. The Unfolding of a Theme in the Book of Exodus*, en M. VERVENNE (ed.),

Números es la intercesión de Moisés la que persuade a Dios para que deje de lado su juicio contra Israel (Nm 14,11-12: *lo heriré de peste y lo aniquilaré*)¹⁰. Por último, Dt 5 es un capítulo que presenta, entre otros aspectos, un modo de entender el binomio revelación de Dios – respuesta de Israel. El pueblo solicita la mediación de Moisés, para que facilite y haga que a la revelación más ilimitada de Dios, es decir, a su manifestación más cercana, le siga no una respuesta de Israel de vinculación y adhesión personal e ilimitada a Yahveh, sino una respuesta que señale y salvaguarde la distancia con la divinidad¹¹.

Así pues, no es fácil encontrar en el Antiguo Testamento un personaje como el de Moisés, un personaje del que se destaquen, entre otros, aspectos tan determinantes como el de ser *el tú de Yahveh*, el enviado dotado de autoridad, el profeta por antonomasia, el mediador e intercesor. Uno de ellos, que hasta ahora apenas ha sido mencionado, posee, sin embargo, una importancia relevante a la hora de hablar de Moisés, de su edad, de sus facultades, del valor y del sentido de su vida; lo resume con precisión Dt 34,7: *Moisés tenía 120 años cuando murió. No se habían apagado sus ojos, ni se había debilitado su vigor.*

Afirma Jean-Pierre Sonnet que “la intriga del Deuteronomio es por una parte la de la relación de Moisés con su propia muerte”¹². En el artículo del que se ha tomado esta cita, el exegeta belga se pregunta si hay contradicción entre estas dos afirmaciones del libro del Deuteronomio: la mencionada en el párrafo anterior (Dt 34,7) y la que aparece unos capítulos antes (*Moisés dirigió estas palabras a todo Israel: ya tengo 120 años y no puedo moverme*; Dt 31,1-2).

Esta última cita presenta un elemento más, que posee su importancia en el conjunto del libro del Deuteronomio, y que sostiene las orientaciones que proponemos a continuación.

Inmediatamente después de hacer referencia a su edad y a su situación personal, Moisés afirma: *además, el Señor me ha dicho «no pasarás el Jordán»*. No sólo es destacable la conexión entre dos verbos de movimiento (moverse – pasar); lo es, sobre todo, la centralidad que tiene en el quinto libro de la Biblia el hecho de que Moisés no acompañe a Israel a la tierra prometida y se quede a las puertas de ésta, antes de cruzar el Jordán.

Al comienzo del Deuteronomio (Dt 1-3), Moisés culpa a Israel de la muerte que le va a suceder. Alejándose del verdadero motivo de ésta, presente en Nm 20,12 (*el Señor dijo a Moisés y a Aarón: por no haber creído en mí, por no haber reconocido mi santidad en presencia de los israelitas, no seréis vosotros quienes introduzcan a este pueblo en la tierra que yo les doy*), afirma en Dt 3,23-27 *yo invoqué entonces al Señor... Pero el Señor se irritó contra mí, y por culpa vuestra no me escuchó, sino que me dijo... contempla lo que ves, porque no pasarás el Jordán*. Unos versículos después, Dt 4,21-22, Moisés repite las falsas acusaciones contra Israel: *el Señor se irritó contra mí por culpa vuestra y me juró que no pasaría el Jordán ni entraría en la tierra buena que el Señor tu Dios te da en herencia.*

Studies in the Book of Exodus. Redaction - Reception - Interpretation (BETHL 126), Leuven 1996, 113-147, esp.142-143.

¹⁰ K.D. SAKENFELD, *The Problem of Divine Forgiveness in Numbers 14*: CBQ 37 (1975) 317-330, esp.320

¹¹ Un desarrollo más amplio de este aspecto puede verse en E. SANZ GIMÉNEZ-RICO, *Un recuerdo que conduce al don*. Teología de Dt 1-11 (BTC 11), Bilbao 2004, 75-108.

¹² J.-P. SONNET, *Le rendez-vous du Dieu vivant. La mort de Moïse dans l'intrigue du Deutéronome (Dt 1-4 et Dt 31-34)*: NRT 123 (2001) 353-372, esp.372.

Sin embargo, a partir de Dt 31 puede observarse un importante cambio en las intervenciones de Moisés en relación a su no entrada en la tierra prometida. Es éste un capítulo que une con coherencia textos de diversa procedencia, y que presenta en un lugar destacado la primera intervención directa de Dios en el Deuteronomio. En ella destaca sobremanera la teofanía, *clímax o punto central y más elevado del citado libro*¹³. Una manifestación de Dios que produce en Moisés un aprendizaje de elementos novedosos en relación con aspectos o temas que no le eran desconocidos: Dios le hace conocer que se acerca el final de su vida; igualmente lo que le sucederá a Israel cuando llegue dicho acontecimiento.

Dicha revelación marca la vida de Moisés en los capítulos finales del Deuteronomio; en ellos aparece como el transformado por Dios. Así, en los capítulos siguientes, y en especial en Dt 32,48-52, se puede comprobar cómo el mismo Dios señala a Moisés cuál es el verdadero motivo de su muerte. Como se ha señalado, Moisés acusa falsamente a Israel de ser el causante de ella; sin embargo, después de la revelación ni recuerda dichas acusaciones ni se opone a escuchar el porqué de su no entrada en Canaán. Igualmente, entre Dt 32,48-52 y Dt 34,1-6 hay una destacada conexión, que permite subrayar cómo los últimos gestos y las últimas acciones de Moisés expresan tanto que éste cumple lo que Dios le pide como que conforma su vida y sus decisiones a la Palabra de este último, cuya voluntad escucha y obedece (*ob-audire*).

Todos estos aspectos están incluidos en Dt 34,5-7, en las afirmaciones del narrador, verdadero punto de vista dotado de autoridad en el relato: *Moisés murió en la tierra de Moab como había dispuesto el Señor... Tenía 120 años cuando murió. No se habían apagado sus ojos, ni se había debilitado su vigor*¹⁴.

En definitiva, Moisés vive una larga vida, y llega a ella y a su final en plenitud de facultades. Lo hace en apertura, disponibilidad y obediencia a Dios, a quien sirve (Dt 34,5: *Moisés, siervo del Señor*). Ha sido precisamente éste el que lo ha facilitado y posibilitado; especialmente a través de una manifestación, de una revelación que sucede en los últimos días de la vida de Moisés, en los días de su ancianidad. Si importante es la caracterización de Moisés como interlocutor y profeta de Dios, mediador e intercesor de Israel ante Dios, decisivo puede quizás ser el que sea receptor de una revelación transformadora de Dios, que le permite vivir en plenitud de facultades una vida cargada de sentido y llena de bendiciones.

Job murió anciano y colmado de días (Job 42,17)

Cuando se hace una presentación de lo más característico del conocido personaje bíblico Job, no suele ser habitual hacer referencia a la larga vida por él vivida, a los 140 años de su existencia. Suele ser más normal mencionar de él calificativos como justo (Ez 14,14.20), íntegro, recto y temeroso (Job 1,1), hombre profundo y sufriente, capaz de asumir el dolor y buscar a Dios. Sin embargo, como Moisés y otros personajes del Antiguo Testamento, la vida de Job estuvo también marcada por la bendición, la prosperidad, la longevidad. Y, al igual que sucedió con Moisés, hay un episodio de su existencia, la revelación o manifestación de Dios (Job 38-41), que posee una importancia destacada en los acontecimientos que la configuran, y que permiten señalar que es característico y relevante en Job *haber vivido hasta la edad de 140 años y haber visto a sus hijos y a sus nietos hasta la cuarta generación* (Job 42,16).

Uno de los primeros capítulos del libro de Job (Job 7) presenta un duro discurso de su protagonista; en él hace fuertes y llamativas afirmaciones sobre la vida del ser humano y

¹³ G. BRAULIK, *Deuteronomium 16,18-34,12* (NEB.AT 28), Würzburg 1992, 221.

¹⁴ J.-P. SONNET, a.c. (nota 12), p.356,365-369.

sobre Dios, el que le maltrata y tortura, el que no es ya el salvador de los sufrientes y desgraciados: *la vida del hombre sobre la tierra es como un servicio militar, y sus días como los de un jornalero... Meses de desengaño me han tocado y noches de sufrimiento me han caído en suerte... Preferiría ser estrangulado, morir, antes que vivir con este cuerpo... ¿Hasta cuándo, Yahveh, seguirás vigilándome, sin darme tregua ni para tragar saliva? ¿Por qué me has hecho blanco de tus flechas?*

En dicho capítulo menciona igualmente un motivo común a otros libros sapienciales: la brevedad de la vida: *mis días corren más que la lanzadera... mi vida es un soplo*. Lo característico de dicha mención temporal es que “es el punto de apoyo desde el cual se dirige a Dios”¹⁵.

Asimismo, la respuesta de Job a uno de sus tres amigos, Bildad (Job 9), posee, por diversas razones, un destacado realce. En primer lugar, porque el protagonista del libro considera una condenación injustificada, procedente de Dios, la prueba que está padeciendo. En segundo, porque se opone a la doctrina clásica de la retribución, que defienden sus amigos; y lo hace subrayando que, aunque es cierto que Dios siempre tiene razón, no lo es por lo que ellos afirman, sino porque abusa de la fuerza a su antojo (*¿quién resiste a Dios y queda impune?*). Se trata de un Dios que en su gran poder no respeta ningún tipo de orden, un Dios que convierte al justo en malvado, un Dios desconcertante. Todo ello repercute en la relación de Job con Dios, que entra en una situación crítica. Para salir de ella, empieza a barruntar la idea de establecer un pleito con Dios, un proceso contra él, en el que éste comparezca ante Job, discuta con él y reconozca su inocencia¹⁶.

Al mismo tiempo, y en medio del desconcierto y la lucha en que se encuentra, Job proclama que *sus días pasan más raudos que un correo, pues se van sin haber visto la dicha; se deslizan igual que canoas de junco, como águila que cae sobre presa* (Job 9,25-26).

Éstas y otras referencias temporales sobre la fugacidad de la vida aparecen antes de los decisivos capítulos 38-41 del libro de Job. Hasta entonces, el libro ha dejado claro el fracaso de los diálogos entre Job y sus amigos, a quienes considera interlocutores no válidos y a quienes pide que permanezcan en silencio. Al fin y al cabo, Job quiere encontrarse, dialogar y pleitear con el propio Dios, para que sea éste quien le explique las razones de su sufrimiento. En un largo monólogo (Job 29-31), formula por última vez su postura, reivindica por última vez su inocencia y provoca explícitamente a Dios, para que salga del silencio tan sepulcral en que se encuentra: *¡es mi última palabra: que el Poderoso me responda! Si mi Adversario escribiera su alegato, lo cargaría sobre mis espaldas, me lo ceñiría igual que una corona* (Job 31,35).

Tras un largo y prolongado silencio, Dios habla y *sale de su neutralidad* respecto a los acontecimientos que vive Job. Y lo hace por medio de una revelación (*Dios respondió a Job desde la tormenta*). Ahora bien, lo característico de ella es la conexión que existe en Job 38-41 entre teofanía y palabra: Dios se revela, *manifestando* una palabra sobre su presencia en ese mundo tan desordenado del que se quejaba Job. Una presencia que, aunque no destruye el mal ni hace milagros para eliminar el sufrimiento, los reprime y los controla.

Se trata además de una revelación determinante para Job, quien se encuentra con el Creador en la teofanía y la palabra, *expresión literaria del encuentro con Dios en el*

¹⁵ L. ALONSO SCHÖKEL - J.L. SICRE DÍAZ, *Job*. Comentario teológico y literario, Madrid 1983, 161. Éstas y otras páginas más (180, 531-592) inspiran algunas referencias que indicamos a continuación.

¹⁶ K. ENGLJÄHRINGER, *Theologie im Streitgespräch*. Studien zur Dynamik der Dialoge des Buches Ijob (SBS 198), Stuttgart 2003, 108-114.

sufrimiento. Es precisamente *la enfermedad inmerecida e inexplicada la que le lleva a conocer de otro modo al Creador*¹⁷; es entonces cuando se le desvela el misterio divino, el Dios que es precisamente Misterio.

Al mismo tiempo, y como sucede en el caso de Moisés, la manifestación de Dios también es determinante para Job en cuanto que opera un significativo cambio en él. Sus mejores expresiones son la conocida frase *te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos* (Job 42,5), y el epílogo del libro de Job (Job 42,7-17), en el que se menciona la larga y fructuosa vida vivida por su protagonista, mencionada anteriormente.

Un cuidado acercamiento a ambas referencias permite subrayar los siguientes aspectos¹⁸:

- Al final de su recorrido y de sus disputas con Dios, Job ve a Dios y conoce su Verdad (ser ante todo Misterio).
- Se trata de un Dios bueno, que perdona a los amigos, y que hace entrar a Job en la misma dinámica de la misericordia al reconciliarse con ellos.
- Es entonces cuando Job vive una bendición en plenitud, en la medida en que su suerte es restaurada y recibe el doble de lo que había poseído.
- Toda esta sobreabundancia de dones recibidos (bienes, hijos, ganado, 140 años de vida) no es un premio a alguna buena acción realizada por Job. Se trata, sin duda, de la mejor expresión de algo que anteriormente había sucedido (la revelación de Dios a Job y el diálogo que mantiene con él).

De modo que el final del libro de Job y sus últimas frases *vivió Job hasta la edad de 140 años y vio a sus hijos y a sus nietos hasta la cuarta generación; murió anciano y colmado de días* (Job 42,16-17) guardan una estrecha conexión con la manifestación teofánica de Dios y con el diálogo que éste mantiene con el protagonista del mismo, diálogo que sucede curiosamente después de toda una serie de monólogos llevados a cabo por Job y por sus tres amigos. Así pues, la vida del justo, íntegro y sufriente Job alcanza su plenitud en el momento en que Dios se le manifiesta y establece un encuentro dialogal con él; su expresión principal es precisamente la referencia a la larga vida por él vivida.

Vivir esperando al Dios que se revela

En el momento en que estas páginas se escriben, se estrena en las pantallas cinematográficas españolas una comedia romántica de Marcos Carnevale titulada *Elsa & Fred*. Es una historia de amor tardío entre dos personajes que rondan los 80 años de edad, llenos de vida, sueños e ilusiones. Entre ellas, la de emular la antológica y famosa escena de *La dulce vita*: Anita Ekberg y Marcello Mastroiani bañándose en la Fontana di Trevi. Una historia que resalta sobre todo cómo la vida de Fred cambia radicalmente en el momento en que Elsa irrumpe en su vida. Cuando esto sucede, él encuentra sentido a su existencia, él reconoce que nunca es tarde para vivir. Así lo manifiesta el

¹⁷ J.R. BUSTO SAIZ, *El sufrimiento. ¿Roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina?*, Lección inaugural del curso académico 1998-1999 de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1998, 19-23.

¹⁸ Seguimos muy de cerca el estudio de B. COSTACURTA, “*E il Signore cambiò le sorti di Giobbe*”. *Il problema interpretativo dell’epilogo del libro di Giobbe*, en V. COLLADO BERTOMEU (ed.) *Palabra, prodigio, poesía*. In memoriam P. Luis Alonso Schökel, S.J. (AnBib 151), Roma 2003, 253-266.

propio Fred en uno de los múltiples diálogos que mantiene con su hija: *desde que he conocido a Elsa no me estoy dando muerte sino que me estoy dando vida.*

También cambió radicalmente la vida de dos centenarios repletos de bendición, Moisés y Job, cuando Dios irrumpió en ella, cuando Dios se les manifestó en un modo más explícito. Desde entonces todo fue distinto para estos dos modelos bíblicos: para el mediador, el intercesor, y el profeta de Dios; también para el hombre justo, sufriente y temeroso de Dios.

Distinta puede ser igualmente la vida de muchos y muchas ancianas de nuestras regiones y países si Dios irrumpe en ella al modo como lo hizo con los ilustres Moisés y Job. Una irrupción que, como sucedió en la vida de ambos, ninguna persona mayor ni ninguno de nosotros podemos calcular, prever o adivinar. Una irrupción que, sin embargo, sí puede esperarse y desearse con toda la energía del mundo y con todas las fuerzas, muchas o pocas, que en el ocaso de la vida todavía se mantienen en pie. Incluso en situaciones tan cercanas a las que vivió el propio Job: de enfermedad (del tipo que sea) inmerecida e inexplicable.

No sería en absoluto una mala elección para cualquier anciano o anciana dedicar gran parte de las fuerzas y energías que aún les quedan a esperar la manifestación de Dios en sus vidas, de ese Dios Tú, de ese Dios Otro, de ese Dios Misterio. Sería sin duda una buena, joven y eterna opción; sería sin duda la mejor expresión de que, igual que sucedió con Moisés, sus *ojos no se han apagado ni su vigor se ha debilitado.*